

JUEVES DE LA OCTAVA DE PASCUA

Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí». Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Hoy contemplamos la escena emocionante donde los discípulos se encuentran cara a cara con el Señor resucitado. En medio de sus temores y dudas, Jesús se les presenta, trayendo consigo un mensaje de paz y de esperanza.

Observemos cómo Jesús les ofrece evidencia tangible de su resurrección. Les muestra sus manos y sus pies, recordándoles que él es real y no una ilusión. En este gesto, nos enseña que nuestra fe no se basa en meras historias, sino en una realidad viviente: el Cristo resucitado.

Además, Jesús abre sus mentes para que comprendan las Escrituras. La Palabra de Dios es la luz que disipa nuestras tinieblas, revelando el plan divino de salvación. Nos invita a sumergirnos en las Sagradas Escrituras para encontrar consuelo, dirección y esperanza en medio de nuestras luchas diarias.

Finalmente, Jesús encarga a sus discípulos la misión de ser testigos de su resurrección. Esta no es una tarea fácil, pero nos recuerda que no estamos solos. Nos promete el Espíritu Santo, que nos fortalecerá y nos guiará en nuestro camino.

Hoy, como discípulos de Jesús, somos llamados a experimentar su presencia viva en nuestras vidas. Nos desafía a ser testigos de su amor, su perdón y su misericordia en un mundo sediento de esperanza.

Que la Virgen Santísima nos conceda la gracia de vivir como testigos de la resurrección del Señor, llevando su luz a todos los rincones de nuestras vidas, e iluminar la vida de los demás.